

Blanco

Jacarandá R. L.



Capítulo 1

Cuando camino puedo sentir mis músculos tensarse en las distintas partes de mi cuerpo, se accionan de uno en uno al dar pasos. También puedo sentir las heridas que la suela interna del zapato va haciendo a través del roce en la planta de mi pie. Cada pisada es un deslizamiento de mi calcetín, la suela y el pie mismo. Se siente como una quemadura pequeña y focalizada que permanece aguerrida en un sector sin lograr desaparecer. A pesar de todo esto, continúo caminando como tirada por un hilo imaginario que me conduce a casa a través de la Av. Vicuña Mackenna. Camino en la dirección contraria a la de los autos: ellos vienen, yo voy. Avanzo alejando mis ojos de los ojos de los demás transeúntes. Los que vamos en la misma dirección, competimos. Cada vez que adelanto a alguno siento que estoy más cerca de ser la número uno en una carrera donde sólo yo tengo el premio asegurado, donde sólo yo estoy participando a conciencia. Carrera en la que cada paso es un asunto relevante. La forma bailarina en que me despliego es importante. Como la metáfora de la comida japonesa llamada sushi: A todos les gusta comerla pero a casi nadie le gusta prepararla. Pensamiento erróneo: tienes que disfrutar tanto comer como hacer. Tienes que disfrutar tanto viajar como llegar. Bajo esta concepción de mundo, avanzo en una carrera de competidores incógnitos, espaldas sin rostros, perdedores sin conocimiento de que pueden ser ganadores (y en ese caso: intrusos de casas, potenciales ladrones o abusadores de mujeres), dando cada paso firme, moviendo inconsciente y simétricamente mis brazos, sincronizándolos con su miembro inferior contrario. Avanzo como si estuviera tocando el bombo de una batería que suena en compases que sólo tienen negras. Así camino. Esquivando a los demás que vamos en la misma dirección. Van quedando atrás en la pista donde sólo yo sigo constante con una meta fija.

Es un viaje en solitario, al fin de cuentas, aunque me invente compañeros de carreras que están en un mismo plano espacial. Casi siempre camino sola y lo disfruto en demasía. No hablo con nadie y en raras ocasiones alguien se atreve a hablarme. Cuando sucede respondo de la forma más amable que mi corazón me permite, es decir: muy amable. Esbozo sonrisas que dan direcciones muchas veces confusas o sin un destino fiable. Pero los que preguntan, esto último, no lo saben. Eso sí, algunas veces han desconfiado de mis instrucciones y vuelven a realizar la misma pregunta a otra persona. Antes me avergonzaba de que eso sucediera y me odiaba hasta el infinito, pero luego dejé de otorgarle importancia. Decidí seguir en el mismo estado armonioso de caminar dando pasos y pasos sin que alguien me detenga, y sin que yo misma me sienta mal al hacerlo.

Hoy día me tuve que recordar respirar para poder alejar el letargo de la vida misma, la que se siente como un peso tremendo en el pecho que hace más lento el paso. "Respira, todo está bien" Inspiré, solté. Inspiré, solté. Seguí avanzando.

Pasando el metro, atravesando la plaza donde los jóvenes que tienen lo que yo no tengo, pero que deseo, los que me miran como preguntando quién soy yo, pasando la plaza más emblemática de La Florida donde todos esos jóvenes se posan, me encontré un aliado. Era un aliado porque estaba tan solo como yo. Y solo caminaba. Al principio lo consideré un competidor más, pero este era uno difícil de superar: tenía dos patas más que yo para avanzar con mejor presteza y velocidad, dando pasos que quizás eran más cortos que los míos pero que al final, eran más. Mi única ventaja era que este nuevo competidor estaba distraído. Buscaba incansablemente algo. En un momento lo vi tomar agua desde un agujero en el suelo, sólo dio dos lengüetazos. En una esquina se quedó muchos metros atrás mío. Pensé que finalmente lo había perdido, que la vereda era sólo mía otra vez y que yo era la número uno nuevamente. Todo esto sin sentir algo que se pareciera a lo que las competencias reales provocan en la gente que se prepara mucho tiempo ejercitando su cuerpo para alcanzar la meta. Todo esto sin sentir envidia, celos, enojo o repudio. No, yo sólo pensaba como un competidor pero no sentía nada.

Luego de andar un rato, volvió a aparecer con su paso de avanzar corto pero constante, de a cuatro, posando todo el peso de su cuerpo en cojinetes amortiguadores que distribuyen la sangre a todo el resto de su ser peludo de caminador errante. Nos miramos fijamente a los ojos por unos instantes. Luego él cambió la dirección de su vista y siguió buscando por aquí y por allá. No era la primera vez que nuestras miradas se encontraban. Supongo que por eso supe que éramos aliados. Son pocos los seres que me transmiten esa sensación de tranquilidad y confianza al mirarlos en el alma. Por lo general los animales son los que devuelven esa incursión a la mía con mayor franqueza y sin ningún ápice de maldad. Ellos van y vuelven en uno, miran unos momentos y luego cambian la vista. No piensan nada de ti, no quieren que les demuestres nada, no buscan que les des algo. Sólo se comunican mediante la tranquilidad, entregándotela. Regalándote instantes de paz interior.

Así anduvimos juntos y atravesamos toda la creación: pasamos de ser simples átomos para luego nadar en las profundidades del océano junto a la ballena más grande del planeta, respirando el aire de las costas chilenas junto a los chungungos. Más allá, miramos directamente a los ojos de Dios, quien intentaba entregarse a su arrogante creación antropomorfa, aquel que con desdén, desde una posición como de que no quiere la cosa, le ofrece la mano desinteresadamente a su Padre creador. Seguimos viajando juntos hasta salir de nuestro propio planeta, donde observamos cómo el brillante sol separaba la tierra de otro cuerpo celeste que está rodeado por asteroides. Encima de estos, la línea del metro dibuja una constante que se mantiene hasta la siguiente estación, donde la gente bajará sin saber que estuvieron menos de un segundo parados o sentados sobre la creación misma del universo y del paisaje floral-faunístico de Chile. Personas que tal vez, en el total de la semana, pasarán un minuto completo a lo largo de todo el recorrido que mi aliado y yo vislumbramos como una revelación desconocida donde nos sentimos pequeños: fuimos átomos y aparecimos allí donde están los asteroides. En

el caso de los pasajeros que viajan de estación en estación: desde que entran por el cosmos hasta que se convierten en lo más ínfimo que se conoce.

Cuando estábamos cerca de casa, cuando entramos en mi calle principal, alejándonos de la gran avenida mackenística, mi aliado se encontró con otros de su misma especie que lo incitaban al conflicto. Él no quería nada y se alejó de mi y de ellos, cruzando la calle hasta la vereda de enfrente. Cuando llegamos a la esquina de mi pasaje, yo doblé y entré en él, pero aliado siguió caminando derecho por la calle principal, saltándose la esquina. Avanzado algunos de mis pasos, volvió a aparecer como si me estuviera buscando, perdido por unos instantes lejos de mí. Entonces cruzó hacia la vereda en la que yo estaba, generando gran alboroto entre los demás peludos que estaban encerrados en las casas de siempre. Aunque sorprendentemente, esta vez habían muchos más de los que yo recordaba. Le lanzaban improperios que ni yo sería capaz de emitir. Él no respondió a ninguno, hizo caso nulo, como si fuese sordo. Seguía mirándome a los ojos de vez en cuando mientras avanzábamos, al parecer, intentaba adivinar mi dirección. Cuando llegamos frente a mi casa, le dije que si me esperaba le daría agua. Eso hice: entré a mi casa, que está al final del terreno, llené una botella con agua y recogí un plato del suelo. Llevé ambas cosas hasta la entrada, pero para mi sorpresa, mi aliado había emprendido un viaje de retroceso y se encontraba en la esquina que había pasado de largo la primera vez. Empecé a silbar para que supiera que mis pasos iban en su encuentro, pero él no detuvo su avance que ahora se dirigía hacia Mackena. Supongo que él ha tenido muchos aliados como yo, personajes que aparecen en su sueño diario, pero que cuando es hora de despertar, desaparecen sin dejar rastros, se van de su sueño e ingresan en el propio: completos desconocidos, caras sin nombre. Yo seguí avanzando hacia él a la vez que él seguía alejándose de mí. Insistí en nuestro encuentro y resultó en el momento propicio, cuando él se puso a jugar con otro cuadrúpedo que parecía ser menor que él. Apenas todo se hubo detenido, el juego, los pasos y la persecución, vacié el agua de la botella en el plato, dejándolo a su entera disposición. Él bebió dos lengüetazos y se marchó. Se fue sin más nada. Siguió su camino de errante, buscador insaciable, aliado sin palabras, amigo eterno desaparecido que permanece donde nadie más ocupará su lugar. Se fue y yo quedé con el resto del agua en la mano. Decidí vaciar la ausencia en el Jacarandá que se seca a la vista de todos, a pesar de ver llorar tantas veces a las nubes sobre su suelo.